

A tres días de tren

Estrella Alonso del Barrio

El paisaje discurría lento, en el horizonte, a través de las ventanillas. Era fácil contemplar durante un periodo relativamente largo las centrales eléctricas que surgían a intervalos, como nacidas de la tierra y sorprendentemente nítidas, en una maraña de trazos horizontales tanto más informes, gruesos y rápidos cuanto más de cerca se los miraba.

El traqueteo del tren acunaba la conversación de varios niños agrupados en el pasillo, fuera de los compartimentos, que apoyaban su nariz contra los cristales. Algunos pasajeros más, con barbas de tres días y sudor en los sobacos, estiraban las piernas, iban al servicio tambaleándose o fumaban tabaco negro mientras descansaban de sus compañeros de viaje, que dormitaban tras la puerta de aquellos habitáculos de tercera capaces de convertirse, en unos segundos, en habitaciones de seis camas para ocho desconocidos.

Jugaban a ser importantes los niños. Lo hacían tan en serio que ellos mismos parecían creer sus fantasías. Quizá el asunto surgiera de alguno cuyo padre hubiera trabajado realmente como peón, sin duda, en la construcción de alguna de aquellas instalaciones:

–“Ésa la hizo mi padre”.

–“El mío también”.

–“No, porque tu padre no conoce al mío, y si la hubiera hecho con él lo sabríamos.

Además, la hizo él solo”.



–“Pues mi padre también ha hecho una, mira, esa de ahí”.

–“Sí, hombre, sí. Eres una mentirosa, porque esa la hizo mi padre”.

–“Pues el mío hizo la primera que vimos, que era la más grande. Lo que pasa es que no dije nada...”.

Y todos ellos contemplaban extasiados la maraña de cables, luces y estructuras de hierro que podía verse cada pocos kilómetros, en algún lugar entre Francia y España. Algo de apariencia tan maravillosamente complicada tenía que ser, necesariamente, difícil de construir. De repente, alguien soltaba:

–“Pues mi tío es policía”.

Y dejaba a los demás con la boca abierta, pensando rápidamente alguna profesión o cargo más importante que ése tan importante para taponarle la boca al presumido sobrino del tío policía. Por supuesto, siempre ganaba la contienda aquel que más oficios o carreras de buen sonar conociese, porque a imaginativos y a faroleros allá se andaban.

–“¿En qué piensas?”, –preguntó de repente mi madre en ese tono suyo, entre curioso y divertido, de cuando me sorprende sonriendo y a mil años luz de donde está mi cuerpo.

–“Estaba jugando a las centrales eléctricas”.

En ese mismo instante caí en la cuenta de que uno de los enanos protagonistas de la historia era yo. Me llamó la atención que estuviera contemplando la escena como si del fragmento de una vieja película de Súper 8 se tratase. Como si visualizara en aquel momento algo que sucedió hace ya tres décadas, probablemente en el último viaje en tren que hicimos desde Francia, en la primavera de 1975. Aquel invierno había cumplido cuatro años en Oyonnax, casi al lado de Suiza, y ni siquiera recuerdo si en el camino de vuelta mi nombre era Estrellita, como me llamaban mis padres, familiares y amigos españoles, o *Estela*, como me decían mis profesores y compañeros de las guarderías. Lo



Certificado de nacionalidad.

que sí tengo claro es que ningún progenitor de los niños que íbamos en aquel vagón era ingeniero.

Los míos trabajaban en fábricas. Al menos por ese entonces, después de un largo periplo, desde mucho antes de que yo naciera, que les habían llevado a tocar todos los palos de la baraja menos las copas¹. No había ni tiempo ni ganas de demasiadas diversiones cuando el objetivo principal era llegar, ganar algún dinero y volver. Como el de casi todos los emigrantes. Además, jornadas de 16 horas no dejaban espacio para mucho.

–“¿Cómo es que yo fui varias veces a Francia, mamá? ¿Por qué íbamos y veníamos?” –inquirí mientras le daba un sorbo al café que las dos nos estábamos tomando en la cocina.

–“Principalmente, porque nosotros nos poníamos a morir, así que veníamos a España hasta que nos mejorábamos un poco, y luego volvíamos para trabajar”.

La primera vez que tuve noticias –al menos conscientemente– de la mala salud de mis padres debió de ser no mucho después de aquel viaje, en el otoño siguiente. Desde Francia, y tras pasar el verano en Litos, nos fuimos a Olmillos de Castro durante el invierno. Cuando no emigrábamos a Francia, lo hacíamos a alguna aldea de al lado. En la última cumplí cinco años. Alguien del pueblo le preguntó a mi padre que si no hacíamos matanza. La respuesta fue que estaban enfermos del hígado y que guardaban un régimen. Nada de cerdo o de comidas con grasa. La verdura era la base de la dieta en casa y, aún hoy, me cuesta un triunfo ingerirla. A menudo papá me timaba miserablemente y me decía, completamente serio y asintiendo con la cabeza, que las berzas eran buenísimas para la voz. “Lo mejorcito, hijo”, aseguraba (siempre se ha dirigido a mí en masculino. Misterios de la vida). Como me pasaba el día cantando, me las comía sin rechistar a ver si la cosa iba a mejor. Papá no podía engañarme, ¿no?

Enfermar por exceso de trabajo. Con el tiempo supe que eso era lo que les había ocurrido. Horas y más horas, de sol a sol, con un bocadillo, un filete rápido o un cacho de pan con tocino. Sus cuerpos, fuertes y acostumbrados a duras labores desde bien pequeños, aguantaron el envite hasta que su hígado, el de ambos, dijo basta. Para entonces, habían hecho acopio de unos ahorros que se fueron bastante más rápido de lo que llegaron, tras un largo peregrinaje de consulta en consulta y de farmacia en farmacia. Cada semana, en España, sin Seguridad Social de por medio.

“Habíamos traído dinero como para comprarnos dos pisos en Madrid pagados al contado. Y compramos uno. Pero luego también acabamos ven-

¹ La autora hace un juego de palabras aludiendo a la baraja española (N.E.).

diéndolo”. Le habré oído esa frase mil veces a mi padre y no logro explicarme por qué no se curaban allí, en Francia, un lugar en el que no te dejaban entrar si no estabas bien de salud, porque su Seguridad Social sólo te cubría cuando llevabas un mes trabajando y, por lo tanto, cotizando. Precisamente por ese control de entrada y de la legalidad de sus inmigrantes, luego era posible disfrutar de las debidas prestaciones sanitarias. De hecho, hoy en día cobran de jubilación la parte correspondiente a lo que aportaron entonces. Lo único que puedo imaginarme es que sería el equivalente a vivir ahora mismo en España con un sueldo de obrero y la mitad del tiempo de baja.

–“¿Por qué no os curabais allí, mamá?”.

–“En Francia no podíamos estar sin trabajar. Aquí nos iba mejor para la salud y, además, haciendo droga los inviernos mis hermanos ganaban por estos pueblos y en Extremadura más que nosotros allí, así que veníamos para acá, la hacíamos, nos mejorábamos un poco y volvíamos”.

Justo un año antes de llegar a Olmillos con el utillaje imprescindible para pasar el invierno (la cama plegable, mi cuna, puede que una pequeña mesa y unos taburetes, la cacharrería y el ajuar indispensables), habíamos desembarcado de forma muy parecida en Oyonnax. En esas ocasiones no nos desplazábamos con la DKW amarilla de Gregorio, que era el vecino de Litos que siempre nos llevaba los trastos a los pueblos a los que íbamos, sino que, tras bajar del tren cargados de maletas se imponía la tarea de buscar dónde dormir, y luego, dónde vivir. Los emigrantes habían puesto en marcha un efectivo y útil sistema de intermediación. Consistía en que, cuando uno abandonaba una vivienda (y la movilidad debía de ser muy frecuente), le proporcionaba a su casero el siguiente inquilino. A cambio, y en pago por las mejoras que hubiese realizado en el lugar durante su estancia en él, al nuevo arrendatario le cobraba una cantidad que éste pagaba gustoso, puesto que sólo tenía que entrar a vivir. El dueño del inmueble, que no se llevaba nada, solía acompañar al improvisado agente en la operación, y acreditaba con su presencia que esas mejoras se habían realizado.

Las casas que encontraban los emigrantes no consistían, precisamente, en suites nupciales de hoteles de lujo. Más bien al contrario, al poco de llegar eran capaces de convertir cualquier chamizo en un hogar, por lo que el dueño, en lugar de enfrentarse a los gastos de mantenimiento que en buena lógica genera el alquiler de una casa, obtenía una propiedad un poco mejorada tras el paso del español, el portugués, el marroquí... Las autoridades fomentaban este comportamiento, sobre todo en las casas en las que había niños, con inspecciones de su departamento de Sanidad a las viviendas. Velaban así por la salud de los más pequeños y, ante todo, de las arcas públicas, ya que evitar enfermedades contribuía también a aliviar las consultas de sus centros médicos.

Nosotros dimos con aquélla cerca de la iglesia, frente a su costado izquierdo, tras cruzar la calle. Atravesábamos un pasillo oscuro, casi un túnel, hasta llegar a un patio cerrado, bastante amplio y con un techo de cuerdas de tender la ropa. Irene, una niña portuguesa (un auténtico nervio saltarín) que también vivía allí, solía jugar a alcanzarlas en medio del revuelo de sus vestidos, siempre de colorines y con varias capas, aunque no eran muy largos. “Es meo”, decían en broma, sobre algún objeto que me perteneciera, nuestros vecinos portugueses. Es curioso, pero yo sabía perfectamente que no iban en serio, que sólo se trataba de pasar un rato divertido con alguna chanza. Me pregunto en qué idioma hablaríamos Irene y yo, porque, entendernos, nos entendíamos perfectamente.

En torno a aquel cuadrilátero se abrían las puertas de varias casas. La nuestra estaba de frente, según se entraba, por lo que había que atravesar todo el espacio. La puerta daba directamente a una estancia en la que hacíamos vida. Una cocina de gas y un fregadero, a la izquierda, más una mesa y varios *tantanes* blancos pegados a la pared del fondo constituían prácticamente todo el mobiliario. Los tantanes de tía Maximina eran de colores, tapizados de flores en uno de los extremos, y se los trajo a España cuando regresó. Hacían un curioso contraste en la entrada de su casa del pueblo, de las de adobe de toda la vida, como la nuestra (y seguirán haciéndolo, porque creo que continúan en el mismo lugar).

Los nuestros quedaron allí. Hace poco tiempo, unos tres años, vi este tipo de asientos en una moderna tienda en Barcelona. Mi santo esposo no me dejó comprar un par de ellos, pero no descarto hacerlo en cuanto me los tropiece de nuevo. ¿Se llamarían realmente *tantanes* (o algo parecido) en francés? La original banqueta consiste en dos conos unidos por su parte más estrecha. Una de las más anchas se apoya en el suelo y la otra sirve de asiento. Además, son desmontables, por lo que si se escogían de varios colores se podía luego jugar a combinarlos. ¿Teníamos, además, sillas? Supongo que sí, pero sólo doy fe de mi hamaca, como las de ir a la playa, pero en pequeñín.

—“¿Recuerdas aquella vez que pensabas que no volvía?”, —me pregunta a veces mamá.

—“No”, —respondo, sabiendo que va a contármelo una vez más. Siempre se acuerda de lo triste.

—“Tenía que ir a la panadería, o a la carnicería, no sé, a comprar algo para comer.

Te acababa de sacar de la guardería y allí os ponían a jugar con arena para que no dierais guerra. Así que te dije: “Mira, hija, si me paro a lavarte y vestirme, me cierran la tienda, así que espérame aquí un poco que vuelvo enseguida”. Y te quedaste sola. Pero había una cola enorme, tardé más de lo que esperaba y cuando volví te encontré sentada en aquella hamaquita. Te habías

tapado con tu toquilla. Ni siquiera llorabas. Cuando te pregunté qué te pasaba, respondiste: “Creí que ya no volvías más”. Casi no te salía la voz.

A ella también se le apaga el final de la frase. Cada vez que me cuenta esa historia acaba con los ojos llenos de lágrimas 30 años después. Y a mí me rompe el corazón, porque me doy cuenta de que de las miles de hieles que pasaron en Francia, lo que recuerda con gran pena son las cosas que tuvieron que ver conmigo. Anécdotas de pequeños contratiempos que para mí se han perdido por completo. “*Avec le temps, va, tout s’en va*”², que dice Leo Ferré.

A la derecha de la cocina se abría una puerta de acceso a la única habitación de la casa. En el reverso de la hoja, en dos o tres de grandes puntas clavadas, mis padres insertaban los recibos, según iban llegando. Era su peculiar archivador. Mi cuna estaba junto a la cama de mis padres, siempre cubierta por una colcha blanquísima. Es curioso, pero mi madre conserva esa costumbre suya de poner en todas las camas colchas que con el buen tiempo, cuando la luz entra a chorros por las ventanas, casi hace daño mirar. Porque a ello hay que unir que también le encantan los visillos blancos, como los que colocó en la casa de Oyonnax, y las paredes blancas. Encalar aquel “apartamento” fue lo primero que hizo cuando llegamos.

–“Las de Sanidad que vinieron a comprobar cómo vivíamos, cuando vieron que todo estaba perfectamente limpio y cuidado, se fueron muy satisfechas”–, me cuenta.

Y eso que no había baño dentro. Estaba fuera y era comunitario, para todos los habitantes de en torno al patio. Tipo agujero en el suelo. Literalmente, un agujero en el suelo. Quizá desde entonces conservo cierta afición por esa clase de sanitarios que, en alguna ocasión, muchos años después, alguien definió como “de a pulso”, refiriéndose a uno de un bar de Los Herreros³. Por mi parte, y siempre que tenga que compartir un váter con desconocidos (un garito, un camping, la casa de mis años de emigrante...), prefiero éstos, mucho más higiénicos. Los bichos infecciosos, cuanto más lejos de mi cuerpo, mejor.

Nuestros vecinos portugueses utilizaban una especie de cubos con tapadera para hacer sus necesidades dentro de casa y, más tarde, vaciarlo en el “baño”. Una vez me regalaron uno chiquito, amarillo, que no recuerdo que usara nunca. Se quedó en Francia.

² Con el tiempo todo se va (N.E.).

³ Se refiere a un bar de la calle Los Herreros, calle con muchos bares en Zamora, algunos muy antiguos (N.E.).

También fuera había un cuarto trastero en el que guardábamos, entre otras cosas, mis camiones. Me los dejaban llevar al parque para enredar con la arena, pero no meter en casa. El juguete que más usé en ella, o al menos que más recuerdo, era un pequeño piano de cola naranja de patas desmontables. Se quedó allí. “¿Por qué no sacaste un tren eléctrico de aquella fábrica en la que los hacías, papá?”, le pregunto a veces. “Porque fue mucho antes de que tú nacieras, y por ese entonces no sabíamos si íbamos a tener hijos y, ni mucho menos, si sería un niño o una niña”, me responde siempre. O sea, que la decisión podía depender del sexo. Pero luego sí me compraron camiones. Otro misterio.

Había otro edificio en el fondo del patio. Estaba deshabitado. Creo que nos tenían prohibido que entráramos allí (¿estaría en ruinas?), pero ello no evitó que lo hiciéramos alguna vez. Las esquinas del hueco de la escalera se tornaban más negras a medida que se subían pisos, como si alguien hubiera pintado la realidad con un carboncillo. De detrás de aquel lugar un poco tétrico llegaba, sin embargo, algo muy hermoso: la música de acordeón que se oía en el patio. Había una escuela para aprender a tocarlo, y a mi madre le había faltado tiempo para preguntar a qué edad podía empezar a llevarme. Desde luego, la decisión de regresar a España fue posterior, pero aún así no le dio tiempo a inscribirme. Tal vez con alguna vieja melodía francesa de fondo, y bajo las cuerdas de tender la ropa, aprendí a montar en bicicleta. Tracé infinidad de círculos en aquel patio, primero con dos patines, luego con uno, luego sin nada... La bici, pequeña, azul, con las ruedas de goma blanca maciza y sin piñones (cuando dejabas de pedalear, se paraba), sí que llegó a España. Para entonces tenía el asunto dominado.

Antes de ir a la guardería, mi madre me llevaba a casa de la señora Severina. Era de algún pueblo no demasiado lejos del mío, en el camino hacia la Comarca de Sanabria, o puede que ya en ella. La recuerdo como una persona mayor, pero claro, con cuatro años yo consideraba que lo lógico era casarse a los 20, una edad avanzadísima. No sé cuántos tendría ella. O quizá lo que la hacía mayor eran sus costumbres. ¿Estaría viuda o soltera? No lo sé, pero, desde luego, no tenía un marido.

La señora Severina nos cuidaba a varios niños. Nuestros padres nos llevaban a su casa por la mañana, justo antes de entrar a trabajar. Ella se encargaba de darnos el desayuno y, después, de llevarnos a la guardería, cuando la abrían. Éramos tres o cuatro. Miguel Ángel y Óscar procedían ambos del pueblo de al lado del mío, de Villanueva de las Peras. Al parecer, Óscar era mi novio. El de Francia, porque yo en Litos había dejado a mi Manolo. Para recordar a Manolo, mucho tiempo antes le había puesto su nombre a un muñeco con el que dormí algún tiempo. Pero sólo algún tiempo, puesto que llegué a la conclusión de que me pegaba de noche (era demasiado duro y casi de

mi tamaño, así que mamá me compró una muñeca rosa de peluche, la Chelo, bastante menos agresiva y con mejores pulgas). Unos 12 años después de aquello creo que coincidí con Óscar en el Instituto, en Benavente, en el León Felipe. O eso le dijeron sus padres a los míos. No sé si se matriculó y luego lo dejó, o algo así, porque no le localicé. Lo más curioso es que en aquel centro, y en mi clase, había un chico, Carlos, que había nacido en Oyonnax el 2 de febrero de 1971. Exactamente el mismo día que yo y donde tenía que haber nacido yo. En cuanto a Miguel Ángel, debíamos estar al quite o se nos comía las galletas del desayuno (al menos, por ese entonces era un niño regordete y glotón). ¿Había una cuarta persona, otra niña, pero mucho más chiquitina que nosotros? ¿Raquel?

–“Cógeme ésa”, –dijo la señora Severina, de camino a la guardería.

Era la típica tapa de plástico, como un pequeño sombrero, de una botella de vino. Las cogía (o nos pedía que lo hiciéramos), les cortaba la copa y las forraba con hilo, una a una. Con aquellos aritos de colores unidos entre sí hacía tapetes. También tricotaba. A mí me tejó un chaleco amarillo y marrón que tuve durante años. Quizá en el momento de alcanzarle el tapón tuviera que cambiar de mano mi cestita roja de ganchillo, donde llevaba el almuerzo. Ésa me la había hecho Begoña, la hermana de unos amigos de mis padres que procedían de otro pueblo cercano a Litos, Bercianos de Valverde. Begoña era una chica joven que para mí ya no tiene cara, ni voz. Como compensación a esa carencia de mi memoria me envuelve una agradable sensación de calidez cuando la recuerdo.

–“Mamá, ¿qué quiere decir ‘cocotte’?” –le pregunté compungida un día, a la vuelta del “cole”.

–“Ah!, eso es cosa buena, hija” –respondió ella. “¿Por qué?” –inquirió a su vez.

–“Porque cuando llego a la guardería, los niños dicen “*regarde. ¡Il arrive La Cocotte*”⁴.

–“Pues mira, “*cocotte*” llaman, por ejemplo, a la olla exprés, porque es algo muy bueno”.

El primer y (creo) único mote que he tenido en mi vida era en francés. Eso es integración. Buscando la palabra tiempo después, he acabado deduciendo que lo que me llamaban era pollito, pájaro, o algo así. No sé. Nunca las he tenido todas conmigo.

Al menos no pasaba inadvertida. Salvo para los profesores. Fui a varios jardines de infancia, ya que según parece descansaban en días distintos, y también tenían diferentes horarios. En el más grande, a última hora los educa-

⁴ La autora firmó su trabajo con el seudónimo de *La Cocotte* (N.E.).

dores nos iban sacando a una especie de sala con bancos corridos pegados a la pared, hasta que llegaban nuestros padres a buscarnos. Siempre había algún niño al que la *maîtresse* le hacía algún mimo. Se agachaba, le decía algo y le hacía alguna caricia, o le daba un beso. Quizá fuera amiga de su mamá. Ese niño nunca fui yo.

–“El primer día que te dejé, la primera vez que fuimos a Francia, te quedaste conforme”. –Mamá, siempre positiva–. “Lo malo es que luego te reuñió mucho. Cuando volví a buscarte te habías pasado casi todo el tiempo llorando como una magdalena, y la profesora no sabía qué hacer contigo. Lo ideal hubiese sido llevarte poco a poco, un par de horas al principio, luego alguna más... Pero te dejé allí durante toda la mañana, durante mi jornada laboral. Pobrecica, estabas hecha una pena”.

Siempre que lo cuenta acaba diciendo lo mismo, mientras me clava esos ojos azules suyos que duelen: “Pobrecica”. Y yo tampoco lo recuerdo. Veo todo aquello con otra perspectiva. Fría y sentimental a la vez. Como quien contempla un viejo film que le gusta y que habla de la vida de otra persona. No sé muy bien qué pensar ahora del efectivo método pedagógico que consistía en taponarle con “*sparadrap*” la boca al que hablara durante la hora de la siesta (nos hacían echar una cabezada sobre la mesa del aula). Siempre había alguno que no había forma de que se callara. Evidentemente, ni dolía ni era difícil de quitar, pero al que le tocaba la china solía agarrarse un buen berrinche. Creo que tampoco fui nunca yo, pero no me atrevo a jurarlo. De la que si tengo una perfecta opinión es de la “seño” que me quitó la comba. Repartían un montón de ellas a las niñas y yo me acerqué a por una. Eran de colorines. “¿Es tuya?”, preguntó. “Sí”, dije. No tenía nada claro por qué me lo decía: los juguetes de allí eran todos de todos, ¿no? Los cogías, y jugabas. Pero no, no era mía. Estaban adjudicadas a niñas más mayores que yo, que se supone que sabían saltar con ellas. Total, que al rato me la confiscaron para dársela a la quisquillosa propietaria, que lloraba desconsolada. Y me quedé sin juguete nuevo (y, sobre todo, distinto). Parece ser que aquel juego no se adaptaba a mi edad. Poco importó que me lo estuviera pasando pipa. ¿No era esa la función que debía cumplir? Quizá la *maîtresse* pensara que porque yo no reclamara con llantos y pataletas lo que me gustaba, no me importaba, y se quedara tan ancha.



Algunas imágenes del pasado.

Si fuera posible proyectar fotografías mentales, las mías sobre las guarderías saldrían en color. De las tres. En ellas descubrí el primer superescaltric, los caramelos de gominola azucarada, las piezas de puzzle gigantes, de plástico y en tres dimensiones para montar castillos, la capacidad de una gran tormenta para subyugarte cuando llueve tanto que hay que esperar en la puerta a que pare un poco... y la sensación de estar como un pulpo en un garaje. Supongo que eso sería al principio, cuando ni siquiera entiendes que lo que te preguntan es si la comba es tuya y te la arrebatan para dársela a otra persona.

–“Estabais allí como perdidos, acoquinados”, –explica mi madre–. “Ni siquiera jugabais entre vosotros, los españoles”.

No creo que fuera tan drástico. Seguro que también fue al comienzo. Además, vivía con ellos, con mis padres. A otros niños los dejaban en España, con sus abuelos o en internados. Si conciliar familia y trabajo es difícil hoy, con parejas que se supone que se reparten las tareas, y con jornadas de 40 horas a la semana, no alcanzo a entender cómo se las arreglaban las madres de hace 35 ó 40 años, en el extranjero, sin familia, con ritmos de trabajo muy

superiores y nadie que las ayudara en casa. A veces la solución era tratar de “enriquecerse” de tirón, durante unos pocos años, y regresar a España a darle al hijo que se había dejado allí lo que los padres nunca habían tenido. Los colegios estaban llenos de niños así, con los padres fuera. En una ocasión, el mío me dijo que si me portaba mal, me metía interna. Era un farol como una casa, porque antes se habrían vuelto a España que dejarme a mi sola en otro país, pero yo no lo sabía. La idea de que me separaran de ellos me congelaba las ganas de hacer cualquier travesura. No concebía que pudiera pasarme nada más aterrador. Y, sin embargo, cuando volvimos, en el cole en el que entré a los 5 años en Benavente había nenas internas que jugaban, reían y tenían toda la pinta de ser perfectamente felices. Seguro que lo estaban pasando mucho peor sus padres.

–“Nada más empezar a ir a la guardería volviste con gripe”. –Mi madre rellena los huecos allí donde mi memoria, empiezo a pensar que selectiva, no llega-. “Lo malo no fue eso, porque a ti se te pasó enseguida, sino que se la contagiaste a papá, que se puso con 42 de fiebre. Deliraba, decía que veía mosquitos, o arañas, o yo qué sé. El caso es que no podíamos llamar al médico porque no llevábamos aún ni un mes allí. Ni teníamos todavía Seguridad Social ni dinero para pagar uno particular. Lo pasó fatal el pobre hombre, hasta que se curó”.

¿Perdería el trabajo después de aquello y buscaría otro? ¿Pudo justificar la ausencia al trabajo de aquellos días? Ni idea.

En una ocasión me llevó con él a la fábrica. Hileras interminables de grandes máquinas, o al menos a mí me lo parecían, se sucedían en una enorme nave. Él se sentaba frente a una rejilla que se abría y se cerraba cada “x” segundos. No sé cuánto tiempo transcurría, pero no demasiado. El suficiente, eso sí, para que aquel enorme bicho dejase perfectamente preparado una especie de puzzle con un completo juego de reglas: escuadra, cartabón, semicircunferencia... Estaban sujetas entre sí por lagrimillas de plástico, y la cosa consistía en separarlas, dejarlas perfectamente colocadas en una caja que había en el suelo y tirar a un recipiente de reciclaje las varillas sobrantes. Todo ello, antes de que la reja se abriera de nuevo. El ritmo de trabajo, en esas condiciones, lo marcaba el infernal artilugio, no el obrero. Papá, con sus dedos cortos y regordetes, se daba bastante maña, la verdad. Siempre se la dio para trabajar como un mulo. Ahora, cuando los miro, me llama la atención descubrir una sucesión de falanges cada vez más delgadas y apergaminadas en unas manos de “señorito” que nunca tuvo. Manos de octogenario cansado, agotado físicamente, superviviente de mil achaques y enfermedades, y poseedor de unos expresivísimos ojos marrones, que en otro tiempo, cuando yo niña, despedían chispas de alegría.

Mamá también me llevó alguna vez con ella. Sobre todo, cuando trabajaba de asistenta para una carnicera (ella dice que estúpida) con dos hijos, niño y niña. Patrie, el mayor, de cuatro años y medio (uno más que yo), era completamente idiota. O al menos a mí me lo parecía. Sobre todo después de que se planchara la nariz sin que su madre lo impidiera. Por supuesto, se hizo una buena herida.



Mi viejo pasaporte.

“Aquella carnicera”, como la llama siempre mi madre, era la típica persona que se cree que por tener a alguien a sueldo tiene que imponer su voluntad a costa de la lógica. Y más aún si ese alguien es su criada.

—“Siempre me mandaba a hacer la compra a la una de la tarde, cuando todos los comercios estaban hasta arriba. Yo trataba de explicarle que si iba a las 9 de la mañana, nada más abrir, en pocos minutos acababa con eso. Pero no había tu tía. “Usted tiene que ir cuando yo le diga”, me decía. Lo que acababa pasando es que de tanto hacer colas en todas partes, acababa tarde mi jornada

y, por tanto, llegaba con retraso a buscarte a ti, con el lógico enfado de las profesoras de la guardería, que también querían irse a sus casas a comer. Así que un día le dije en mitad de la carnicería, que estaba llena, que no. Que era mi hora de salir y que iba a buscar a mi hija. La muy asquerosa empezó a decir a sus clientas: “Vean ustedes como responden. Ten a una persona para esto, para que haga lo que le dé la gana”.

–“Yo me acuerdo de Patrie”, –intervengo. De cuando se planchó la nariz.

–“No se ocupaba ni de sus hijos”.

–Mamá chasca la lengua y niega con la cabeza–. Una vez le dije: “Mire, la niña no deja de llorar. Yo creo que le duelen los oídos. Debería verla un médico”. “Es otitis, la tienen todos los niños”, me contestó. Al día siguiente amaneció la niña con la almohada de la cuna llena de pus, porque le habían reventado. La muy burra no le había hecho ni caso.

En parte por efectos secundarios de esas historias y en parte debido al paso del tiempo, Oyonnax me viene a la cabeza en blanco y negro las más de las veces. Sólo los recuerdos concretos, de juegos o de días festivos, aparecen como coloreados. En medio de la cocina, mi piano naranja. En medio del patio, mi bicicleta azul y las faldas de colores de Irene. En medio del parque o de la guardería, mis camiones o las piezas del puzzle gigante. En medio de la calle, las *majorettes*, con sus chaquetas y sus *sombreritos* rojos. Ellas desfilaron a ritmo, con botas altas, blancas, y minifaldas tableadas, también blancas. Movían las barras con una destreza que me dejaba con la boca abierta. Yo las contemplaba como si fueran algo completamente ajeno a mí, un simple escaparate. Formar parte de aquellos grupos estaba abierto a cualquier persona, incluidos los hijos de los emigrantes, pero eso lo he sabido hace muy poco. Supongo que habría que tener una edad mínima para ello.

En una de aquellas fiestas descubrí la explosión de color de los fuegos artificiales. Los vimos desde la barandilla de la iglesia, justo al lado de nuestra casa. El cielo se cubría de puntos de luz maravillosos. Sólo en otra ocasión me han vuelto a impresionar tanto y también fue en Francia. Hace pocos años tuve la oportunidad de contemplar, casi por casualidad, un impresionante espectáculo en una playa de Cannes. Tirada boca arriba en la arena, en una preciosa noche, aprendí que al fuego le gusta cubrirse con sus vestidos más llamativos y bailar vals sobre el mar en las noches de verano. La compañía responsable de aquella mágica hora era levantina, como las exquisitas naranjas que mis padres aseguran que comían en Francia, llevadas desde España. “Las mejores que hemos probado en nuestra vida”, afirman.

Puede ser que también fuera durante aquellas fiestas cuando descubrí los elefantes. Pasaban el día detrás de una valla hasta que llegara la hora de su actuación, y el público podía visitarlos, igual que al resto de los animales

del circo. A aquellos enormes paquidermos les gustaban los cacahuets. Si se los extendía alguien, los cogían con su trompa suave, fría y húmeda y se los llevaban a la boca. ¿Realmente los encontrarían en ella? Y los caballitos, donde el encargado hacía flotar una gran borla sobre las cabezas de los niños y jugaba con ellos a que la atraparan. El que lo lograba se montaba gratis una vuelta. En una ocasión se empeñó en que la cogiera yo. Me la ponía delante de las narices para que me hiciera con ella. No sé si tanto se notaba que estaba triste. No recuerdo que hubiera pasado nada malo, pero era incapaz de jugar. Sólo muchos, muchos años después, volví a sentir el zarpazo de la pena injustificada. Pero eran mucho más habituales las risas, los juegos, los globos que se escapaban hacia el cielo en las fiestas de La Cluse. Yo no me explicaba por qué los míos, inflados a pulmón, bajaban hacia abajo en vez de volar.

–“¿Te acuerdas de la vez que te measte de alegría?”.

–Es mi padre quien pregunta, que miedo me da cada vez que lo hace. Mi madre se acuerda de lo triste, y él de lo que me hace sentir un poco ridícula. Son el complemento perfecto.

–“No, no me acuerdo, pero no me lo vuelvas a contar, por favor”, –suplico.

–“¿Cómo se va a acordar?” –zanja mamá–. “Eso fue la primera vez que fuimos con ella a Francia, y era muy chiquitina. Cumplió dos años aquel invierno”.

–“También fue en Oyonnax”, –continúa papá. Otra vez va a contármelo–. “En las fiestas fuimos a un espectáculo que había en una carpa. Alguien empezó a cantar “Que viva España”, la de Manolo Escobar. Tú te subiste a la silla en la que estabas sentada, loca de alegría de oír cantar en español, empezaste a saltar y te measte. Pobrecica mía, ¡qué emoción te entró!”.

Lo dice sonriendo, casi riendo, con esas chispas suyas que le bailan en los ojos y que rescata de vez en cuando no se sabe de dónde. Yo de aquello no recuerdo nada. El caso es que en Oyonnax pasaron varios años. Algunos antes de que yo naciera, ya que me “fabricaron” allí en 1970. Luego, otra temporada durante el invierno de 1972-1973 (la primera vez que me llevaron a mí). El último, el de 1974-1975, cuando regresamos, que es el que se pasea por mi cabeza un poco amarillento y con las esquinas dobladas.

–“A ver si me aclaro: a mí me hicisteis allí y vinimos a que naciera aquí, ¿no?”–Pregunto.

–“Sí, hija. Una tontería, porque yo tenía la consulta en la que me trataba a la vuelta de la esquina por un lado, y la fábrica en la que estaba, a dos pasos por el otro.

Podía haber trabajado casi hasta el día de dar a luz y si surgía un problema antes, pues allí estaba el médico. Cuando le dijimos que veníamos a España a que nacieras se llevó un disgusto, el hombre, porque como fue un

embarazo tan difícil de conseguir prefería atenderme él hasta el final”. –“¿Y por qué vinimos?”.

–“Se empeñó papá. Empezó a decir que aquí estaba toda la familia por si pasaba algo, que podía contar con mi madre y mi hermana... Una tontería, porque el que no estaba era él, que iba a trabajar a Escober toda la semana. Y con el vespino por esas carreteras en medio del monte, en diciembre y enero, imagínate. Además, fue un invierno cargado de nieve y estábamos en Litos. Si nos llega a pillar allí la nevada y me pongo de parto, pues tendríamos a la familia, pero ni a un médico cerca. Mi madre estaba asustada. Al final estuve en Zamora, en casa de Laura, por lo menos quince días antes de que tú llegaras”.

–“¿Y luego, qué?”.

–“Luego vinimos a Litos, hasta octubre, y fuimos a San Martín a hacer droga ese invierno. Allí aprendiste a andar y cumpliste un año. Y de ahí volvimos a Francia otra vez”.

–“¿Fue en San Martín donde se os presentó la Guardia Civil en la droguera?”.

–“Creo que sí. Ya sabes que había que hacer lumbre para calentar las calderas, y le preguntaron a alguien del pueblo que qué era el humo. Claro, les dijeron “son los drogueros, que cuecen la jara para hacer droga”. Y allí fueron a pedirnos los papeles. Les explicamos que se trataba un producto que sirve de base para un montón de productos de droguería, de ahí el nombre, y que no tenía nada que ver con la clase de droga que ellos se habían imaginado. Como vieron que teníamos todo en regla y a la gente contratada, se fueron y ya está”.

Mi padre, cuando iban a algún pueblo a hacer droga, contrataba a unos 30 hombres para arrancar la jara del monte. Había que hacerlo así, por la fuerza bruta. Después, para cocerla, era suficiente con el trabajo de los dos más el de un atizador. Por ese entonces la diferencia entre ser el último mono asalariado en una fábrica y ser un trabajador-patrón con una treintena de personas a tu cargo era, únicamente, de distancia: exactamente, de tres días de tren.

San Martín de Castro se me desdibuja. Las únicas imágenes que existen de aquello, de la primera vez allí, las he visto decenas de veces: una pequeña-gordita y de cara redonda, con un gorro blanco y una superminifalda roja sobre una especie de pantalón, también blanco, trata de mantener el equilibrio junto a la droguera. Efectivamente, estaba aprendiendo a andar. Las que no he visto, pero existen en mi mente, pertenecen a la segunda vez: justo en medio de las dos etapas en Oyonnax, y previo paso por Madrid para que mamá se operara de unas hemorroides que llevaban tiempo siendo insoportables.

La fuente, en medio de la plaza, tenía varios grandes vasos. Eran lavaderos para las mujeres. Al parecer, por aquel entonces ya existían las lavadoras,

pero yo descubrí eso varios años más tarde. Curiosamente, mucho después de convivir prácticamente desde que nací con el tomavistas, artilugio al que mi madre siempre ha tenido gran aprecio y con el que grabó toda mi infancia, incluido el episodio de la minifalda roja en la droguera. Igual que tampoco había tenido ningún empacho en hacerse con un tocadiscos, muchos años antes, en el que sonaban canciones de Enrico Macias, Gastón Temporé y su acordeón o Carlos Gardel. Y, junto a ellas, las de El Pequeño Ruiseñor o Juanito Valderrama, con su El Emigrante, la preferida de mi padre. Una completa banda sonora para los fragmentos de una vida a caballo entre Francia y España.

No así de Alemania, donde también estuvo mi madre. Allí compró ropa preciosa, que aún conserva, pero no música. En busca de mejores oportunidades, se fue de avanzadilla unos meses con la ayuda de su sobrino Valuso, un sacerdote que desempeñaba parte de su labor en una residencia de ancianos de Bonn. Allí se incorporó también mi mamá. Hijo de uno de sus hermanastros, sólo tenía 5 años menos que ella, es decir, unos 27, puesto que los pasaportes acreditan que mamá había cumplido sólo 32 cuando se fue. Faltaba un lustro para que yo naciera. Al final regresó a Francia, puesto que los trabajos que había en uno y otro país para emigrantes no diferían demasiado: eran los que los oriundos no querían realizar.

La vida de emigrantes de Pepe y María, sin embargo, había comenzado mucho antes, apenas 3 años después de casarse. Él tendría 32 y ella, 25. Arribaron a Niza, tras una primera incursión de mi padre a la que mi madre se unió unos meses después. El trabajo, en el campo o en un andamio, se veía “recompensado” con el alojamiento nocturno: un chamizo para una cuadrilla entera. Los patronos sacaban el máximo partido posible de ellos.

La primera vez que se marcharon juntos, puesto que mi padre fue solo la primera vez, se pusieron a trabajar una finca en una colina, al lado de Niza. Corría el año 1959 y la emigración a Francia no era un fenómeno aún muy extendido. Vivían cerca de los propietarios, dentro de la parcela, pero en una especie de caseta construida en un desnivel, por lo que al menos uno de sus costados quedaba pegado, literalmente, a la tierra del barranco. Uno de los trabajos consistía, cuando llegaban ya de noche a cenar y a descansar, en esparcir por la parte baja de las paredes alcohol de quemar y prenderle fuego. Así lograban dormir sin humedad.

Otra importante labor era trabajar el campo por el día y, cuando ya había oscurecido y no podían hacer nada más en él, preparar cajas y cajas de flores, hasta las dos de la madrugada, ya que el patrón las vendía en el mercado. Se supone que mis padres recibían un porcentaje de las que tuvieran salida pero, curiosamente, los clientes siempre habían comprado menos de lo previsto. Hasta que un día bajaron ellos a ver cómo se hacía, y su jefe, mosqueado por

la inesperada situación, les dejó solos ante el público. Aún no sabían apenas una palabra de francés. Aún así, dificultades de idioma incluidas, descubrieron que los claveles se despachaban en cantidades muy superiores a las habituales.

Aquella situación contrastaba bastante con la primera impresión que se llevaron de Francia, en lo que respecta a la honradez. Según cuenta mi madre, en aquella colina llena de fincas, cuyas casas estaban situadas en el interior y no en el borde del camino, existía un curioso método de abastecimiento. Consistía en que los habitantes ponían en la puerta de entrada, sobre una piedra lisa o superficie similar que hubiese por allí, una lista con los artículos que les hacían falta: dos botellas de leche, un pan y un kilo de naranjas, por ejemplo. Junto a la nota, el dinero para pagarlo y, si eran billetes, se ayudaban de una pequeña piedra para que no se los llevara el viento. Pasaba el lechero, dejaba la mercancía solicitada, se cobraba del dinero disponible y dejaba la vuelta. El panadero y el frutero hacían la misma operación. Cuando llegaba el mediodía y se paraba de trabajar en la finca, propietarios y obreros salían y cogían sus artículos junto con la vuelta exacta que hubiese sobrado.

Ese alarde de integridad regía, al parecer, sólo entre los oriundos, puesto que los patrones no tenían el más mínimo empacho en engañar a sus contratados españoles. Como contrapartida, y para ser justos, es necesario resaltar también que aquella excelente práctica desapareció cuando, con el transcurso de los años, Francia se llenó de emigrantes españoles y portugueses.

Sería posible hacer tomos y tomos de páginas con los detalles de los emigrantes españoles en Francia: cambios de trabajo constantes, siempre aceptando los más duros, miles de historias y anécdotas que reflejan cómo era la vida allí, eficaces métodos de aprendizaje de francés que consistían en ir a la tienda a comprar carne, apuntar con el dedo lo que querías y esperar a que el dependiente dijera el nombre del artículo para memorizarlo. Luego, con la cuenta, el procedimiento inverso: quedarse con el palabra de la cifra, entregar un billete y contar la vuelta para deducir a qué número correspondía. Así, día a día, mientras la comunicación con la familia se producía a través de cartas que no llegaban, precisamente, a la velocidad de un correo electrónico. Y es que los emigrantes solían proceder de pueblos y casas en los que el teléfono, y más aún una conferencia internacional, eran artículos de lujo que nadie podía permitirse.

Pero, al final, existía una única obsesión: volver a la tierra. Con esa idea en la cabeza hicieron las maletas muchos que no querían que sus hijos crecieran en Francia hasta una edad en la que el regreso a España supusiera un desarraigo casi imposible para ellos. Ése fue, por ejemplo, el caso de los míos. Otras muchas personas permanecieron allí, donde siguen siendo “los españoles” y, cuando vuelven ahora a las fiestas del pueblo, son ya “los franceses”.

Mis padres y yo le damos el último sorbo al café. A uno de los miles, reales o imaginarios, que han servido para que hablemos de Francia, recordemos aquel país y nos entre el gusanillo de volver. Yo lo he hecho este verano. Volví a Oyonnax poco después de tener prácticamente acabado este relato. En otras ocasiones he ido a conocer Niza. Me consta que a ellos, si no le tuvieran auténtico pánico a la posibilidad de hacer un viaje tan largo, les encantaría visitar los lugares en los que trabajaron, hicieron una hija o se preocuparon en la distancia por la salud de sus padres (uno de nuestros regresos, el único que hicimos en avión, fue para el entierro de mi abuelo paterno).

También comprobaron los años luz de distancia cultural y económica que puede haber entre dos países que hacen frontera, rieron, lloraron...

—“¿Y qué pensábais cuando íbais a Francia?”, —preguntó—.

—“Pues hija, qué íbamos a pensar. Íbamos contentos, porque allí ganábamos el pan”.